

últimos años que precedieron á la revolución francesa, en los cuales las clases amenazadas iban contra el porvenir con una casi atrevida distracción; es esta turbación que todos sentimos, cualquiera que sea la condición de nuestra fortuna, cualesquiera que sean nuestras ideas sociológicas ante el actual estado de cosas; es este descontento que sentimos en el corazón y en la inteligencia; es esta lucha sorda y continua entre nuestra conciencia de ciudadanos y nuestros intereses privados; es este sentimiento confuso de culpa; es este presentimiento vago de algo grande y fatal, que nos hace mirar alrededor con ojo inquieto, como viajeros sin guía, que avanzan á la ventura por tierra inexplorada.

Hay también quien trata de alejarnos de estos pensamientos, afirmando que es necesario no dejarse arrastrar por ilusiones de ciertas sacudidas, engrandecidas por la apariencia que le prestan determinados acontecimientos; que en realidad, el movimiento es lentísimo, interrumpido ó entremezclado por inconciliables discordias, que hay grandes períodos de sosiego, y que ni siquiera serán los hijos de nuestros hijos los que verán á la sociedad en grave peligro. Tam-

poco hagais caso de estos. Bajo las mayores apariencias de tranquilidad, mejor dicho, bajo éstas precisamente, el movimiento procede con una celeridad no esperada, ni aun por quien lo secunda. El socialismo germánico dió sus más grandes pasos en el período de las leyes excepcionales, por los cuales parecía haber quedado destrozado é inútil. La mayor parte de sus conquistas se realizan en el silencio y estriba en su misma continuidad el fenómeno de que no nos consenta advertir su progresión, exactamente lo mismo que no sabemos percibir ni apreciar la progresión en la crecida de las aguas de un río. Por la parte donde fué combatido, á la ira que había sido precedida por la mofa, ha sucedido ahora una discusión universal y casi continua, en la cual á los cultos paladines de la burguesía ocurre bastante frecuentemente, con gran estupor de ellos mismos, que tropiezan con adversarios de taller y menestrales, que en punto á materias económicas, no les van en zaga. Poco á poco, el socialismo invade el periódico, el libro, el teatro, penetra en las academias de los doctos y en los gabinetes de los monarcas, se levanta sobre los pergaminos, asalta una tras otra las cátedras, las cuales, en

más de un Estado, con mayor ó menor restricción de ideas, son en grandísima parte ya suyas. Puede asegurarse, casi, que mientras menos se difunde en la superficie, tanto más se propaga de abajo á arriba. Ni la vasta polémica científica que el socialismo promueve sobre todas las cuestiones, que la social provoca y á ella se ligan (y se ligan todas), cada día arranca á sus adversarios una concesión, desarma una resistencia, hace aceptar una idea. Cada día, en el ejército formidable que tiene enfrente, en el campo de la política, en el de la ciencia, en el de la literatura, un combatiente se detiene incierto, ó arroja las armas, ó hasta las vuelve contra sus mismos amigos; y muchos que continúan combatiendo, se sienten ya despuntar en el alma el amor hacia el enemigo y ya son desertores de su causa allá en el fondo del corazón, y si no desertan de hecho, es por razones de interés personal, ó por temor, ó por miramientos sociales, ó porque no tienen fe en el triunfo de una causa justa, que creen muy lejano. Y de semejante mezcla de conciencia y vacilaciones se notan mil señales y efectos en toda la escala de los ciudadanos, desde el maestro de escuela que se ve embarazado para dar la razón á la in-

fancia de tantas monstruosas anomalías sociales que no se pueden paliar con los antiguos sofismas, al juez, que no sabe cortar la palabra en los labios del acusado vulgar que es una declaración de principios que leyó él mismo en el libro de un Senador del Reino, hasta al escritor burgués que no puede ya escribir para el pueblo sin ciertos giros y torturas de estilo con infinitos artificios acerca de la cuestión que se le presenta inevitable y molesta á cada paso, resolviendo en la mente toda su vieja preceptiva moral y patriótica; hasta á los grandes predicadores de la higiene pública, hasta á los administradores oficiales de la instrucción popular que dudan y se descorazonan viendo su obra chocar por todas partes y estrellarse contra la férrea barrera de la miseria y contra la arquitectura misma de la organización social.

La resistencia á las nuevas ideas pasa siempre del campo de la conciencia al de los intereses, el cual puede también todavía ser denodada, tenaz, terrible; pero en cambio le falta el calor de las grandes y bellas pasiones, ante las que la furia de los adversarios, duda alguna vez y se detiene. De donde resulta que los que asaltan, iban ayer á paso de marcha y hoy á paso de carga, y mañana

irán á la carrera; y no hay que creer que los detengan las discusiones gran cosa, ni las divisiones que existen entre sus filas. —Según la afirmación de un socialista— todas las teorías y concesiones diversas del socialismo, desde el socialismo de Estado del profesor alemán, hasta el comunismo patriarcal del novelista ruso, vistos desde lo alto no aparecen antagónicos, sino antes bien, se muestran como los escalones graduales de un vastísimo panorama, ó mejor como las formas sucesivas, las actuaciones ó las tentativas de actuación, poco á poco más amplias de una misma idea; así, en orden á la acción, fautores del colectivismo, apóstoles de la sociedad sin Estado, ministros socialistas de la Iglesia católica ó protestante, aun proponiendo reformas diversas y deteniéndose en distintas sectas, ya que todos están de acuerdo en el fondo, y casi concordes en la violencia contra la crítica de lo actual, concurren todos, violentos ó pacíficos, al mismo efecto final; todos preparan ó impulsan á las muchedumbres á la gran evolución; todos, ora levantan en alto el libro de Marx, ó la Biblia, ó el hacha, todos laboran para ensanchar y para acelerar un movimiento, del cual no se

encuentra otro igual—para decirlo con las palabras del más autorizado periódico inglés—si no es tornando la vista á los primeros tiempos del Cristianismo ó á los de la descomposición del imperio romano.

Otros, también, aun reconociendo la importancia del movimiento socialista de Europa, os dicen:—No os preocupeis, porque nuestro país se encuentra fuera de ese movimiento, y repiten la frase pronunciada el año último en la Cámara por un ilustre pensador, según el cual, por razón de la índole y de las condiciones peculiares del pueblo italiano, se necesitarán siglos, antes que el socialismo arraigue en nuestro país. ¡Pues, tampoco creais á éstos! ¡Cómo si alrededor de Italia hubiese la gran muralla del Celeste Imperio, y como si el socialismo doctrinal y popular que se nos ha entrado por las puertas en estos últimos años hubiera de detenerse en las mismas vías que ha emprendido! Ciertamente que la cuestión social entre nosotros será más bien agrícola, de igual modo que entre nuestros vecinos de Levante, así como por la constitución particular de nuestro suelo, revestirá caracteres singulares; pero esto no quita importancia al asunto ni disminuye la urgencia que reclama. Ciertamente que

el terreno está acaso menos preparado entre nosotros para el socialismo, porque la cultura del pueblo es más baja que en otras partes; porque apenas está naciendo la gran industria; porque en más de la mitad del país, como reconocen los mismos socialistas, la clase obrera, como entidad colectiva no ha nacido aún y en la otra mitad apenas ha nacido. Pero no debemos creer que no existe el ejército, porque se halla disperso en guerrilleros, en lugar de presentarse apretado y formando columna cerrada; ni que la falta de organización quiera decir falta de elementos, ni tampoco entender que faltan las pasiones, porque falten ó sean informes las ideas. Y en este punto precisamente deberían reconocer los ilusos que estriba el mayor peligro. Las verdades generales del orden social y económico, se encuentran en el estado de intuición instintiva hasta en el ánimo de los más incultos,—según un axioma antiguo—y hasta la parte más ignorante del proletariado del pueblo italiano conoce esas verdades y las comprende aunque confusamente. Las ideas, como dice un gran psicólogo, sembradas en mentes incultas y fecundas se desenvuelven en excrecencias salvajes y se transforman en monstruosas quimeras; que

es el caso que sucede entre nosotros, tanta, donde hay temeridad de doctrinas, cuanto menor es la capacidad verdadera para poner en práctica hasta las más razonables.

En lugar, pues, de alegrarse de la ignorancia y de la falta de orden colectivo que retarda el movimiento, tendremos sobrado motivo para dolernos de ello, puesto que es precisamente esta ignorancia y este desorden lo que hace impaciente y turbulenta á la muchedumbre, como en quien el furor de los deseos no está templado por la conciencia segura de las propias fuerzas y del propio porvenir, ni por la satisfacción que tienen las clases obreras de otros países, sintiendo la solidez del propio organismo, y de numerar día por día sus progresos y sus victorias; de donde sacan la virtud de esperar con apariencia tranquila, preparándose con recogimiento. Porque son cultos y porque están organizados, estudian y discuten; y porque estudian y discuten, ven todas las dificultades del problema social y no creen que se pueda resolver de un golpe; y por esto ni rompen ni amenazan romper en la violencia.

Á la verdad, que si yo estuviera en el caso del más egoísta y del más medroso conservador, yo desearía que nuestras clases prole-

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO

tarias recorriendo el camino de treinta años en uno solo, llegasen de repente al grado de madurez civil á que han llegado en Alemania ó en Bélgica, y lo desearía, para estar seguro de que esta mutación, que, con el tiempo, es inevitable, del centro de gravedad del sistema social, desde las clases medias hasta las inferiores, se llevase á cabo sin funestas sacudidas. Yo querría estar persuadido de cada sagrada verdad como lo estoy de esta; á saber: de que cumple una obra santa y benéfica todo joven culto italiano, que cualquiera que sea su juicio acerca de la esencia y el porvenir del socialismo, estudia con amor las causas, las doctrinas y las vicisitudes, para poderlas exponer con claridad al pueblo, y hacérselas comprender y discutir con él mismo, arrancándole peligrosas ilusiones y excitándolo á instruirse, ayudándolo á educarse, á organizarse, á ponerse en condiciones de realizar sesudamente la mayor parte de sus aspiraciones, el día de mañana.

Por esta razón, en vez de deciros: dejad á un lado la cuestión social, porque sois italianos, os digo: ocupáos de ella más y más, por lo mismo que sois italianos; haced cuanto dependa de vosotros, porque nuestro pue-

blo no permanezca demasiado atrasado con respecto á los demás en estas materias, y si quereis que cuando vea á sus vecinos en la meta no le tiene la aspiración de llegar á ella de un salto, que podría lanzarlo y lanzarnos á todos juntamente en un precipicio, del que difícilmente se podría salir. Colocáos á la cabeza de este movimiento, á su lado al menos, en lugar de poner obstáculos á su paso, ó de dejarlo andar solo, moviéndose á impulsos del instinto ó del acaso.

¡Día vendrá en que sereis bendecidos por aquellos mismos que ahora os suplican que no hagais nada ó hagais lo contrario, ora rogándoos, ora amenazándoos! ¡Todos están de acuerdo en excitaros á amar y servir á la patria! Y bien: la amareis y servireis de esa manera. ¡Porque la patria no es sólo la tierra, la historia y la bandera; la patria es vísceras y sangre humana, y la felicidad del pueblo se halla por encima del poder del Estado, y la justicia es más grande que la gloria!

Existe además el coro de los mil que os gritan: ¡Pasad adelante, no os detengais, la cura de la enfermedad social es una *utopía*! ¿Pero no ha despreciado todavía la historia del mundo este grito de mal augurio, tantas

veces engañoso, y que tantas ha engañado cuantos fueron los pasos de la civilización; esta palabra de utopía, vacía de sentido, tan cómoda para la pereza intelectual, tan útil á los intereses amenazados, de la cual han abusado tanto todos los temores, todas las ignorancias, con la cual se han vilipendiado, escarnecido, rechazado todas las conquistas más gloriosas de la mente humana?

Todos os acordais de la tempestuosa noche del *Innominado*, el personaje creado por el ilustre Manzoni en su modelo de novelas *Los novios*. Recordareis el momento en que, á punto de romperse el cráneo de un pistolazo para librarse de los remordimientos que le desgarran el alma, se pregunta á sí mismo: "Y si esta otra vida de que me hablabaron cuando era niño, de la que hablan siempre como si fuese cosa segura; si esta otra vida no existe; si es una invención de los clérigos... ¿qué hago, para qué morir, qué importa lo que he hecho?... ¡Es una locura mía!". Pero entonces cruza por su mente, como un relámpago, un pensamiento tremendo: "¿Y si existe esta otra vida?". Y ya os acordareis de lo que pasó entonces por aquel espíritu, ante aquella duda! Pues bien: algo semejante ocurre en el alma de quien

está agitado por la nueva idea. Los que tal sienten se preguntan: ¿Y si esta posibilidad, que tantos afirman como segura de disminuir los dolores del mundo, de hacer triunfar entre los hombres la fraternidad y la justicia; si esta idea es una utopía, un sueño de filántropos alucinados; si tuviera razón aquel famoso párroco inglés que fijó el destino de la humanidad entre dos fórmulas matemáticas, qué importa entonces lo que yo haga? ¿Por qué he de combatir los privilegios de los cuales gozo, malquistarme con la sociedad en que he nacido, torturarme el corazón y el cerebro por males que no tienen remedio, en vez de mirar á mis intereses y vivir feliz?... ¡Es una locura!

Pero en este instante relampaguea en el pensamiento un rayo como el anterior de el *Innominado*: ¿Y si no fuera una utopía? Y él también, ante esta duda, se ve oprimido con un sentimiento que descorazona y anonada. Si; ¿y si no fuese una utopía? Utopía se puede llamar á toda idea que no haya obtenido todavía la consagración de ser practicada. ¿Y qué grande idea social ha sido experimentada antes de ser aceptada y realizada? Y el acuerdo de tantos que la creen realizable, ¿no es ya una garantía de que efectiva-

mente no carece de condiciones de ser práctica? ¿No es esa la primera cualidad exigida para la *actuabilidad* de una idea?

Si, y si á esta organización social donde obtiene uno la riqueza, de las venas y de los huesos de mil, que condena millones de hombres á un trabajo de bestias no confortado por ninguna dulzura en la vida, por ningún goce intelectual, por ninguna esperanza de mejor fortuna; que desmembra millones de familias, que hace de cientos de casas un inferno, que oprime y agota á la mujer, que diezma, corrompe y deforma á la infancia; si á este estado de cosas que sometiendo á una parte de los trabajadores á una fatiga inhumana, lanza en el ocio obligado y en el hambre á la otra mitad, la cual después de haber luchado en vano por salir adelante, cae en la mendicidad, en la prostitución y en el delito; si á esta malaventurada división del mundo que, provocando abajo el odio y encima el terror asemeja la sociedad civil al triste castillo de la Edad Media, en que la familia de los señores, sentada al banquete se extremece al ruido de los sollozos y de las imprecaciones de los prisioneros sepultados bajo sus piés; si á este montón de horrores hubiese un remedio de ver-

dad, ¿qué hombre sería yo que no me cuida, que no busco de ayudar en la medida de mis fuerzas á disminuir el mal, sino que antes por el contrario concuro, aun no queriendo, á acrecentarlo, y quiero fabricar sobre él mi fortuna? ¿Con qué cara puedo yo hablar de progreso, de civilización, de fraternidad, de patria?

Y aun cuando fuese una verdadera utopía, un sueño irrealizable la renovación de la sociedad que nos proponen, aun cuando no hubiere sino una mínima parte de idea sana y de esperanzas fundadas, ¿no debería yo dedicar todas mis fuerzas á que por lo menos se pusiera en práctica y se llevara á cabo?

¡Utopía! Hace poco que se apagó por siempre aquella voz y aquella límpida y vasta inteligencia de un ilustre economista que decía: "El derecho de propiedad se modificará en sentido socialista, ó se borrará el consorcio civil.", Menos aún hace que se enterró á aquel generoso cardenal Manning, que dijo que no se podía continuar en el camino de la venta abusiva de la fuerza y de la actividad humana, en el camino por el que se hace de los niños y de las madres, máquinas vivientes, y de las esposas y padres bestias de carga.

Reposa, no lejos de aquí, el gran estadista italiano que nos profetizó la guerra civil si no se mejoraba la suerte de las clases inferiores; con lo cual se ve que él no estimaba como locura aquel intento. Está vivo aún y habita entre nosotros, aquel venerado ministro de Inglaterra que dijo á los trabajadores: — Vosotros sereis dentro de poco los dueño del mundo.

Hay, finalmente, insignes inteligencias en todas las razas y en todos los pueblos que estudian los males y los remedios, que afrontan por todos los lados el problema, y buscan uno por uno los órganos vitales de la nueva sociedad con maravillosa constancia y con fe invencible.

¡Oh! Pensemos un poco si el orden general establecido en la sociedad que ha venido mudándose profundamente á través de los siglos, ha llegado á un grado tal de perfección que deba dar un alto á la historia, que no se pueda ya corregir ó cambiar ninguna de sus formas actuales, ninguna de sus esenciales instituciones, sin causar un mal peor á la mayoría, á la cual resulta todavía intolerable.

Contestar afirmativamente, comprenderéis que por lo menos sería muy atrevido.

Veamos: vea cada cual con la propia reflexión si lo que se propone, es verdaderamente una utopia.

Por último, pues, os repito, que os ocupéis cuanto podáis, cuanto os lo consientan vuestros estudios, de la cuestión social.

Á aquellos de vosotros que aún nose hayan asomado á la nueva literatura (ya variadisima é inmensa), ó por timidez del ánimo que se refugia allá en las profundidades de la conciencia, ó por el falso concepto difundido por aquellos á quienes beneficia, de que las ideas socialistas sean por su propia esencia de naturaleza acre y violenta, ó peculiares de gente envenenada por la mala fortuna, les digo:

Entrad, penetrad en estos asuntos aunque sea poco; no os detengáis en su parte árida ó vulgar, erizada de cifras é hinchada de retóricas; saltad sus nebulosas lagunas, y vereis cuántas bellas y nobles almas se han consagrado á esta causa; cuántos afortunados del mundo se han erigido en ser caballeros andantes y denodados paladines; cuántas páginas espléndidas y llenas de pensamientos filosóficos, cuántas rebosando piedad y amor y todos los sentimientos más delicados y santos cuenta ya entre su literatura;

hallareis revelaciones de miserias que ignorabais por completo y que avasallarán vuestro pensamiento; vereis ejemplos de virtudes y de heroismos que os arrancarán gritos de asombro y admiración, rayos sublimes de esperanza y quizás sueños, pero tan vastos y luminosos que toda vuestra alma saldrá conmovida y sometida como ante una visión de la humanidad ideal de Cristo.

Y á aquellos de vosotros que estando ya iniciados en estos estudios, han rechazado de primera impresión las conclusiones, les recomiendo:—Desconfiad de vosotros mismos, haced un esfuerzo más para proseguir, para desligaros de las preocupaciones en que vosotros y yo mismo hemos nacido; de las ideas que nos fueron inculcadas con la educación y de la sugestión de las costumbres y los hábitos de la vida, más fuertes que las ideas mismas; haced todavía otro esfuerzo para corregirnos de aquel nuestro congénito defecto en el órgano visual de la inteligencia, el cual hace que se nos aparezca el mundo de escorzo, el cual defecto de visión nos hace mirar como intereses de la sociedad entera, lo que no son sino intereses intelectuales y materiales de nuestra clase; haced este esfuerzo aunque sea por poco tiempo, aun-

que es difícil porque se trata de salir de nosotros mismos, pero es muy fecundo porque al que lo realiza se muestra cada cosa bajo un aspecto novísimo, pareciéndole que principia de nuevo la vida del espíritu y como si se avanzase en un mundo ignorado. Y si hecho este último esfuerzo permanecierais firmes en vuestras primeras ideas, descubridlas y luchad á cara descubierta, porque en la gran batalla sereis más respetados y más útiles como enemigos apasionados que como escépticos espectadores; y nunca descendereis al innumerable enjambre de los políticos fariseos que se arrastran ante el que está en alto por ambición y adulan al que está en bajo por miedo; que fingiendo compasión y afecto á la plebe á la cual desprecian, llevan una mano al corazón y otra á esconder la bolsa, para pedirle después con ambas, el voto en los comicios.

Á aquellos de vosotros, finalmente, que sentís como yo, os mando el saludo del compañero y el abrazo del hermano, y os digo:—Perseverad, jóvenes predilectos, en el campo más trabajoso, en la parte rigurosamente económica de estos estudios, porque el periodo idílico del socialismo está cerrado hace algún tiempo, porque ha llegado á tal

grado de madurez que no basta aportarle el simple tributo de la pasión: es ya deber de todos, traducir los sentimientos en ideas, responder á cada lamento del pueblo con una investigación pronta y tolerante de la inteligencia. Y marchad hacia adelante sin ningún otro fin, sin esperar ninguna gratitud; no buscando el premio sino en la altísima satisfacción de la conciencia por obrar bien, por no tener ya necesidad de mentir, ni de sofocar la voz del alma, ni de enmascarar el egoísmo; lo cual os resultará más fácil de lo que creéis, porque la gran cuestión social que toca á todas las ciencias como el Océano besa todas las tierras, tiene también esto de benéfico: que aplasta con el peso de su grandeza y ofusca con la fuerza de su esplendor toda mezquina vanidad, todo rastrero interés del que á ella se consagra. Comprendiéndolo dignamente, abrazareis con vuestro entusiástico afecto, no sólo la clase social que más lo merece y más lo necesita, si que también la vuestra, por la cual os penetrará en el corazón una nueva y profunda solicitud por el bien; sentireis surgir en vosotros nuevas fuerzas de actividad, nuevas aptitudes desconocidas; sentireis en vuestro ingenio y en vuestro pecho dilatados, estremecerse el soplo de la

humanidad como la palpitación de una segunda juventud más poderosa y más dulce que aquella que os hierve en la sangre y salta á la vista en vuestro rostro.

Vosotros conoceis la tremenda imaginación de Carlyle, que representa al mundo actual como una landa selvática y caótica cubierta de pestilentes brumas, gravada con la pesadumbre de una atmósfera de plomo, en la cual estallan diluvios y serpean relámpagos de revolución, y por entre las vastas tinieblas, no relucen sino fosforescencias de filantropía, sin percibirse el brillo de una sola estrella en el cielo.

Pues bien: falta una imagen al cuadro: una multitud inmensa que ocupa todo el horizonte, estenuada y llena de laeería, mirando hacia un punto donde blanquea el cielo con los brazos extendidos, invocando al nuevo sol, el sol que enjague las lágrimas, que dé calor á sus miembros, que le embellezca la tierra, que le haga amar la vida... ¡Oh, este sol brillará, tengamos en ello absoluta fe! Y ojalá que vosotros, que sois jóvenes, lo veais surgir, y felices aquellos que, saludando su primer rayo, puedan decir á su propia conciencia: "¡Hélo ahí; yo lo deséé, y lo he esperado tranquilo y satisfecho!"